



RÜDIGER ZILL, *Der absolute Leser. Hans Blumenberg- Ein intellektuelle Biographie*, Suhrkamp, Berlín, 2020, 816 pp. ISBN: 978-3-518-58752-2.

La biografía que reseñamos es, quizás, el acontecimiento editorial más destacado de entre los que tuvieron lugar durante el centenario del nacimiento de Hans Blumenberg (Lübeck, 1920- Altenberge, 1966).¹ Sin duda, una biografía exhaustiva de un autor tan reservado y del cual han trascendido tan pocos datos biográficos era algo deseable para cualquiera que tenga interés en su pensamiento. En especial en Alemania, donde su fama no ha dejado de acrecentarse convirtiéndose en una figura intelectual pública que trasciende el interés académico. La aparición de gran cantidad de obras póstumas, el éxito de la novela *Blumenberg* de Sybille Lewitscharoff,² numerosos artículos aparecidos en diarios generalistas y publicaciones de gran tirada e, incluso, el estreno de un particular documental biográfico³ son muestras del ambiente intelectual que propiciaba la publicación de esta obra en su contexto de origen. Un interés por este oscuro autor que coincide con un auge de la investigación historiográfica y cultural acerca de la “generación escéptica”,⁴ aquella de los nacidos en los años 20, quienes tuvieron que acometer la tarea de reconstruir la cultura de la República Federal Alemana tras la II Guerra Mundial, siendo Blumenberg uno de sus más reconocidos intelectuales. Estos factores han hecho de la documentada y rigurosa obra de Rüdiger Zill casi una necesidad en el mercado editorial alemán, condiciones que quizás no se dan en el ámbito hispanohablante, pero que, pese a todo, no restan interés a este trabajo sobre un filósofo cada vez más reconocido a nivel internacional.

Es de justicia comenzar reconociendo el coraje del biógrafo al acometer una tarea que, no por necesaria, se antoja menos ardua. Aquel que se enfrenta al cometido de realizar una biografía de Hans Blumenberg topa con diversas dificultades de antemano. La primera de ellas, la antedicha reserva del autor, que apenas ofrece datos biográficos en su obra y que no deja trasparecer en ella sus motivaciones o anhelos subjetivos más que de forma indirecta y puntual a través de los estratos de los que se conforman sus complejas construcciones teóricas. Esta reserva parecería apuntalar la

¹ Solo en 2020 la editorial Suhrkamp publicó *Schriften zur Technik* (una antología de textos sobre la técnica de los años 50 y 60), *Beiträge zur Problem der Ursprünglichkeit der mittelalterlich-scholastischen Ontologie* (su tesis doctoral de 1947) y los inéditos *Realität und Realismus* y *Die nackte Wahrheit*. Además, vieron la luz otras tres obras biográficas: UWE WOLFF, *Der Schreibtisch des Philosophen: Erinnerungen an Hans Blumenberg*, Claudius, Múnich; KURT FLASCH, *Hans Blumenberg: Philosoph in Deutschland: Die Jahre 1945 bis 1966*, Klostermann, Frankfurt y JÜRGEN GOLDSTEIN, *Hans Blumenberg: Ein philosophisches Portrait*, Matthes & Seitz, Berlín.

² SYBILLE LEWITSCHAROFF, *Blumenberg*, Suhrkamp, Berlín 2012, hay traducción española de Claudia Baricco en la editorial Adriana Hidalgo, Buenos Aires, 2013.

³ Nos referimos al curioso documental dirigido por Christoph Rüter y titulado *Hans Blumenberg. Der unsichtbare Philosoph*.

⁴ Tomo la expresión de Odo Marquard quien, a su vez, la tomó de la obra del sociólogo HELMUT SCHELSKY, *Die skeptische Generation*, Diedrichs Verlag, Düsseldorf y Colonia, 1957.

imagen de Blumenberg que se ha formado en la opinión pública: el ermitaño aislado del mundo, cuya ubérrima vida interior puede dar pie a una novela como la de Lewitscharoff, pero que parece ofrecer pocos hechos en torno a los cuales articular una narración biográfica. Si bien esta imagen “proviene de una autoestilización del viejo filósofo” (p. 22) que él mismo se esmeró en fomentar en sus últimos años y que contrasta con la bulliciosa actividad académica que desarrolló hasta la década de los setenta, es cierto que la vida del pensador de Lübeck ofrece pocos acontecimientos destacables. Al fin y al cabo, nuestro interés por esta figura se debería, más que nada, a la riqueza de su filosofía y esta, como indica Zill, “es la de un lector” (p. 9), y no un lector cualquiera. El subtítulo de la obra que nos ocupa nos indica que el hanseático quiso ser “un lector absoluto”, y, en última instancia, “¿qué queda de una vida consumida por la lectura? Un lector” (p. 17) tan solo. Sin duda, una materia difícil de transformar en un relato.

La única vía que queda, y a la que se acoge esta obra, es la de una “biografía intelectual”, una “biografía del pensamiento [*Denkbiographie*]” (p.25) que no solo expone el “despliegue de su desarrollo teórico, sino también una reconstrucción de esta historia con las miras puestas en la vida individual” (p. 28). Un derrotero que, por fuerza, ha de pasar a través del ingente laberinto de papel del archivo del autor albergado en el *Deutsches Literaturarchiv* de Marbach. En él se recogen y se ponen a disposición del investigador decenas de miles de páginas manuscritas que incluyen desde pequeñas prosas y fragmentos⁵ a libros casi completos, pasando por lecciones magistrales o cartas, a las cuales se añaden carpetas de recortes de los más diversos temas, sus miles de fichas con citas, documentos personales y laborales e, incluso, gran parte de su biblioteca personal. Este es el espacio en el cual debe sumergirse durante largos años el biógrafo de Blumenberg, si quiere hacer justicia a su biografiado. Es en esa fortaleza literaria donde este pasó su tiempo más significativo y edificó su monumental obra. Un espacio que es bien conocido por el autor de este libro. Probado conocedor de la obra blumenberguiana, con un cuarto de siglo de publicaciones al respecto a sus espaldas, Rüdiger Zill es del todo adecuado para esta procelosa tarea, la cual afronta de forma honesta y rigurosa, aunque, como veremos, sin lograr con pleno éxito el cometido de aunar vida y obra que su noción de biografía intelectual quiere alcanzar.

Zill estructura su narración en tres partes dedicadas a distintos aspectos de la vida y el trabajo intelectual de Blumenberg: la primera y más extensa se llama *Beschreibung des Lebens* y en ella se describen los hechos biográficos más relevantes, le sigue el breve intermedio titulado *Arbeit am Werk*, que explica las dificultades para publicar y dar forma a la obra y concluye con *Der Prozess einer philosophischen Neugierde* la cual repasa el desarrollo temporal del pensamiento del autor. Pese a que los epígrafes de los apartados, paráfrasis de títulos del biografiado, podrían sugerir alguna afinidad entre el tema del relato y los argumentos desarrollados en las obras aludidas, no se trata más que de meros guiños. La narración se desarrolla de forma bastante lineal y, a mi entender, sus apartados resultan un tanto estancos. Cada uno de ellos podría leerse de forma aislada, algo que puede resultar cómodo para su consulta, pero que pone en cuestión la obtención de la meta fijada para una biografía de esta índole. A su vez, la disposición del libro conlleva una perspectiva que parece privilegiar el eje que va de la vida a la obra, mostrando solo mediante ejemplos puntuales el reflejo de una en otra. Este punto de vista puede parecer, por así decirlo, natural en una biografía, pero hace peligrar la unidad del relato si no es capaz de

⁵ Entre ellos aquellos recogidos bajo la célebre sigla UNF (al parecer de *Unerlaubte Fragmente o Unfertiges*) que han sido la base de numerosas publicaciones póstumas.

establecer ejes de conexión de larga duración entre el despliegue del pensamiento y los acontecimientos biográficos, más si cabe, cuando la principal ocupación vital del filósofo de Lübeck fue la creación de una monumental obra.

Así pues, la primera parte se dedica a realizar una documentada reconstrucción de la vida de Blumenberg desde el entorno familiar en que nació hasta el final de sus días en su encierro de Altenberge. Como sucede a lo largo de toda la biografía, el rigor y la claridad son encomiables y permiten al lector hacerse una imagen completa y organizada de la peripecia vital del hanseático, aclarando muchas de las anécdotas y acontecimientos que, aun cuando fueran en gran medida conocidos para los investigadores, no eran de dominio público o habían llegado a él de forma tergiversada. En este relato, Zill apunta de forma certera algunos hechos determinantes y es capaz de esbozar un retrato de la compleja personalidad de este pensador. Un buen ejemplo de este acierto es la atención que depara al episodio del discurso de graduación. Al acabar sus estudios en el vetusto *Katharineum* de Lübeck, el mejor alumno de la promoción debía leer un discurso en una solemne ceremonia académica; un honor que recaía en Hans Blumenberg, pero del que se vio apartado a última hora por su condición de *Halbjüde*. Una experiencia muy dolorosa para él y que tiñó de amargura su relación con su ciudad natal hasta el final de sus días. Como señala Zill, lo traumático de este hecho se debe a que puso en entredicho aquello que más importaría al biografiado: “la visibilidad y valoración de su trabajo intelectual” (p. 51), pero es, además, el punto de partida de su relación con el nacionalsocialismo; sin duda, el hecho más doloroso y determinante de la biografía del pensador.

El peso de la experiencia vital de Blumenberg bajo el nacionalsocialismo es difícil de medir. A su proverbial discreción se une, como hemos indicado, la forma de procesar estas experiencias personales en su obra que es, en gran medida, indirecta. Sabemos hoy que Hitler fue uno de los epígrafes que empleó para ordenar sus célebres archivadores de notas, pero, a pesar de ese interés en la figura del dictador nazi, las referencias explícitas en libros son muy escasas hasta su obra tardía.⁶ En uno de los momentos más notables de la biografía, Zill apunta las posibles causas de este silencio a través de una de sus glosas, aparecida en el volumen póstumo *Ein mögliches Selbstverständnis*,⁷ titulada “Si está permitido decir: “¡Tengo miedo!””. El texto comenta un pasaje de las memorias de Giscard d’Estaing en el cual se narra su desconcierto ante la “confesión del miedo” que le hiciese el canciller alemán Helmut Schmidt. Éste había ocultado toda su vida sus orígenes judíos, hecho que le había permitido integrarse en la sociedad nacionalsocialista sin sufrir ninguna represalia. Lo sorprendente del pasaje es el rechazo de Blumenberg a cualquier confesión de miedo, algo que define como “inadmisible e, incluso, inmoral”.⁸ Ante esa clase de declaración, el interlocutor queda paralizado, es incapaz de dar con una respuesta aceptable. A este respecto resulta sin duda acertada la analogía que señala el biógrafo: “Sin hablar de sí mismo, es decir, sin infringir la prohibición que él mismo había establecido, Blumenberg parece querer hacernos ver algo de su joven ser. Asimismo, nos deja saber algo acerca de su silencio posterior” (p. 92)

El acierto de esta afirmación es visible para todo aquel que conozca el peso que tiene para Blumenberg la elaboración del miedo, de la domesticación de la amenaza

⁶ Las principales referencias explícitas se pueden encontrar en *Tiempo de la vida y tiempo del mundo* y en *Präfiguration*, fragmento descartado de *Trabajo sobre el mito*. Véase HANS BLUMENBERG, *Tiempo de la vida y tiempo del mundo*, Pre-Textos, Valencia, 2007, pp. 71- 76 y HANS BLUMENBERG, *Präfiguration. Arbeit am politischen Mythos*, Suhrkamp, Berlin.

⁷ Hay traducción castellana bajo el título incorrecto de *La posibilidad de comprenderse*, Síntesis, Madrid, 1997.

⁸ *Op. Cit.*, p. 30.

indeterminada, la cual se vería reflejada en el temor de Schmidt ante una autoridad omnisciente que bien podía desvelar la oculta identidad de su padre desencadenando la tragedia para él. No obstante, el comentario apenas tiene continuidad, no se aprecia qué puede ser aquello que nos quiere “hacer ver” Blumenberg, ni qué significado tiene ese “silencio posterior”. Aquí y en otras partes, Zill detiene su preguntar ante el umbral del mundo de la vida de Blumenberg. Tal vez, su exceso de celo y rigor le impide dar un paso exegético que va más allá de lo verificable, pero que, como señalaré después, puede encontrar anclajes de sobra justificados en las propias obras blumenberguianas. Así, pese a lo lúcido de la comparación, este ejemplo sirve para evidenciar una de las carencias de la biografía que glosamos: su dificultad para llevar a cabo conexiones entre la obra y la vida más allá de iluminaciones puntuales. Al no ser capaz de establecer ejes de largo alcance que unan ambos estratos, no logra desplegar un relato coherente, lo cual hace al libro un tanto tedioso y fallido desde las premisas que el propio autor había establecido para una “biografía del pensamiento”.

Otro momento decisivo que resulta un tanto descuidado es el progresivo enclaustramiento de Blumenberg a partir de los años setenta. La aludida autoestilización postrera, a la que no han dejado de contribuir obras como la novela de Lewitscharoff, ha hecho creer que este carácter ermitaño fue un rasgo central, el cual suele explicarse como una medida destinada a recobrar el tiempo que su alejamiento de la Academia durante el nazismo le había hecho perder. No obstante, si en algo se esmera la obra es en mostrar lo inexacto de esta visión de la vida de Blumenberg. Zill reconstruye con detalle la febril actividad que el hanseático desplegó en los 50 y 60 mostrando como su desaparición de la esfera pública fue un auténtico “cambio de paradigma existencial” (p. 301). En el libro se señala como, en este paso, debió influir su enorme desencanto con la política universitaria e investigadora en la que se había involucrado en sus primeros años, un desencanto causado tanto por la decepción que supuso el fracaso de su decidida apuesta por la interdisciplinariedad reflejada en la fundación del grupo *Poetik und Hermeneutik* o en su labor como editor para Suhrkamp, como por su rechazo a las crecientes exigencias administrativas. Por consiguiente, si bien el proceso de reclusión es referido y explicado, de nuevo, no se intenta esclarecer el reflejo de estas decepciones en la producción intelectual. Es indudable que se trata de otra conexión difícil de establecer en un autor tan reservado, no obstante, al abstenerse del intento de desarrollar esta clase de explicaciones, el biógrafo acaba por producir una obra sincopada y, en cierto sentido, exánime.

La segunda parte de la obra, *Arbeit am Werk*, evidencia estos defectos de una forma, si cabe, más acentuada. Dada su extensión, parece más bien una suerte de interludio entre la parte biográfica y la filosófica del libro. El apartado, a su vez, se divide en dos capítulos acerca de la producción y edición de la obra de Blumenberg. En el primero, Zill reconstruye de forma sucinta las dificultades que el filósofo hanseático encontró a la hora de escribir y editar libros en sus primeros años de labor académica. En el segundo, se ocupa del Blumenberg de los grandes libros, entremezclando la “guerra por la forma, por la organización del material” (p. 379) que implicaba la redacción de cada una de sus obras, con sus ambivalentes relaciones con Siegfried Unseld, el célebre editor de Suhrkamp. La división, de nuevo, se atiene a la cronología de lo datable de forma objetiva (la edición de sus obras), pero, desatiende continuidades que permiten comprender mejor su forma de trabajo.⁹ Si bien Zill

⁹ Una de las anécdotas más interesantes del libro, en la que bien se puede ver reflejada de forma un tanto cómica la minuciosa forma de trabajar a largo plazo del hanseático y su particular relación con los archivos de fichas, proviene de una carta de 1958 a su primer asistente Günter Gawlick: “Me he comprado un nuevo archivador de fichas para 16000 fichas, una maravilla de la técnica, con rieles

señala con acierto que “Blumenberg no escribe sus grandes obras para hacer carrera, sino que, por el contrario, fueron posibles cuando esto ya había sucedido y tenía las condiciones de hacer aquello que anhelaba desde hacía tiempo” (p. 365), no es menos verdadero que estas condiciones implicaban un extenso proceso de elaboración y puesta a prueba que llevaron a que no publicara su primera gran obra hasta los 45 años. Los argumentos de sus principales trabajos requerían una elaboración que podía llegar a extenderse más de tres décadas. Así pues, el primer Blumenberg ya se ocupaba de temas que no aparecerían desarrollados como libro hasta sus últimos años. Si bien este proceso no se pasa por alto, explicándose los diferentes pasos que seguían los argumentos a través de artículos y lecciones universitarias hasta su forma definitiva en libro, se continúa ignorando la naturaleza específica de esa forma de elaboración, no se aborda qué implicaciones tienen las distintas modificaciones y versiones de los argumentos, ni se explora la naturaleza de aquello que debía mejorarse.

La tercera y última parte recoge una digna introducción al pensamiento de Blumenberg recorriendo sus principales obras y períodos. Zill la reconstruye demostrando su conocimiento de la producción del autor, explicando el origen de sus ideas más relevantes y contextualizando las polémicas en las que estaban insertos sus más destacados libros. Desde el punto de partida con el trabajo de habilitación hasta sus glosas y fragmentos tardíos, pasando por su dedicación “contracorriente” a la antropología filosófica en los años setenta (p. 514), el apartado traza un mapa completo del pensamiento de Blumenberg abordado con suficiente profundidad para la escasa extensión que se le dedica. Sin embargo, esta parte no está exenta de los mismos defectos que hemos apuntado antes. Demasiado enfocado en las obras particulares, pasa por alto gran parte de las tensiones de fondo y problemas filosóficos subyacentes que articulan el conjunto de su pensamiento. Esta dificultad, presente en muchas monografías teóricas del autor, ha dificultado, en mi opinión, la comprensión del verdadero alcance filosófico de una producción que aún se lee a menudo como un conjunto inconexo de obras heterogéneas. A mi entender, el problema tras esta clase de lectura es que desdeñan una dimensión del pensamiento del hanseático que aquí tampoco es recogida y que alude a su forma de asumir y acometer el trabajo filosófico.

La causa de este olvido bien puede ser, en este caso, un fallo de interpretación de la obra que tiene consecuencias en todos los niveles de esta biografía intelectual. En un pasaje del libro, Zill se pregunta: “¿No resulta extraño que el filósofo que siempre se había ocupado de la fenomenología de forma casi obsesiva, (...) no haya escrito jamás él mismo un libro de fenomenología, si no sólo reflexiones sobre la fenomenología?” (pp. 247-8). Pese a ser formulada de pasada, esta pregunta retórica puede explicar la incapacidad del autor para lograr una narración articulada que integre la dimensión teórica y la vital del biografiado ya que no comprende la verdadera y profunda influencia de la fenomenología en la obra de Blumenberg, así como en su forma de vida y trabajo. De hecho, la gran mayoría de sus libros se pueden interpretar como productos de un proyecto de fenomenología de la historia;¹⁰ un modelo espurio y heterodoxo de pensamiento fenomenológico que, pese a ello, pretende considerarse heredero de la tradición husserliana de forma legítima. Es cierto que este trasfondo fenomenológico no es explícito en las grandes obras del autor. Sin embargo, se hace patente no sólo en cartas y escritos inéditos, sino también en obras póstumas como *Descripción del ser humano, Zu den Sachen und zurück* o

telescopios que se extienden mediante rodamientos de Nylon, cuando esté lleno, dejaré de recopilar y comenzar a escribir libros” (p. 389).

¹⁰ Esta idea es la que desplegué en mi monografía referente al autor: PEDRO GARCÍA-DURÁN, *El camino filosófico de Hans Blumenberg. Fenomenología, historia y ser humano*, Alfons el Magnànim, València, 2017.

Phänomenologische Schriften que estaban ya disponibles a la hora de escribirse la presente biografía, lo cual hace de esta carencia un problema crucial y achacable al mismo Zill.

En el fondo, la vida de Blumenberg es la de un trabajador, más que la de un lector, la de alguien absorto en cuerpo y alma en un trabajo intelectual que se vertebrará en torno a las cuestiones que la fenomenología dejó abiertas, mediante un método que pretende retomar las aportaciones de aquella escuela. Fenomenología es, para el filósofo de Lübeck, “un modo de trabajo”,¹¹ concebido como “un método elástico de descripción”¹² y basado en la “afinación de la atención”.¹³ Definiciones que se llevan más lejos en una anotación marginal a una carta en la cual se afirma que “se puede vivir con Husserl”.¹⁴ Así, interpretar a Blumenberg como un fenomenólogo es una puerta de acceso a comprender algunas de las afirmaciones relativas a su forma de vida y de trabajo que recoge el propio biógrafo, pero que no logran conformar un hilo coherente que una teoría y existencia. Por ejemplo, cuando se recoge la afirmación del hanseático según la cual “el pensamiento verdadero no es deporte, sino obligación” (p. 194), o cuando este dice que “no he aprendido a dominar de verdad ningún arte vital más que la concentración” (p. 337), se señalan aquellas enseñanzas extraídas de Husserl y de su método que se adoptan en las obras de Blumenberg. En gran medida, la fenomenología permite comprender el estajanovismo de un pensador anclado 14 horas al día a su escritorio y que acabaría priorizando su producción intelectual sobre las demás facetas de su vida.

Por otra parte, la adscripción estricta al lema kantiano *De nobis ipsis silemus* también puede entenderse desde la forma en que adoptó la fenomenología.¹⁵ Si bien esta parece dedicarse a los meros contenidos de conciencia desde una actitud reducida que casi podemos considerar solipsista, no es menos cierto que su compromiso es con el fenómeno, con las “cosas mismas”. El intento de lograr una descripción capaz de dar cuenta de las operaciones y mecanismos de construcción y comprensión del fenómeno sirve para interpretar el mundo, pero también para comprenderse a uno mismo. Una prioridad de lo externo que Blumenberg reconoce en la fenomenología descriptiva y que lleva a un terreno, por así decirlo, más personal encarnado en el hermoso *motto* de Montaigne “no hay peor lugar que en nosotros mismos” que gustaba de citar.¹⁶ La elaboración del miedo, que atenazaría al individuo de no poder ponerse bajo control, estaría en la base de toda cultura y se llevaría a cabo mediante la construcción de significado, aportándole determinaciones que permitan hacerlo comunicable y domesticable. De este modo, no sólo se pone distancia, sino que se alcanza alguna clase de autocomprensión. Así, el ejercicio de la reflexión es un camino de ida y vuelta a las cosas o, en el caso de alguien que estudia la historia de las ideas, de los libros. Por ello, “reflexión no es hermenéutica, los textos no son un objeto que comprender, sino una ocasión de entenderse a uno mismo” (p. 568). En el fondo de la obra de Blumenberg, pues, laten aquellas experiencias traumáticas del III Reich, así como los temores y preocupaciones propias de su vida, pero sólo aparecen si somos capaces de

¹¹ HANS BLUMENBERG, *Zu den Sachen und zurück*, Suhrkamp, Frankfurt del Meno, 2003, p. 63.

¹² HANS BLUMENBERG, *Phänomenologische Schriften. 1981- 1988*, Suhrkamp, Berlín, p. 12.

¹³ HANS BLUMENBERG, *Zu den Sachen und zurück*, p. 70

¹⁴ Citado en ALBERTO FRAGIO, ‘Hans Blumenberg: Las dificultades de la Ilustración a través de sus metáforas’ en *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía* Vol. 29 Núm. 2 (2012), p. 664.

¹⁵ Al respecto véase JOSÉ LUIS VILLACAÑAS, *De nobis ipsis silemus*. Blumenberg lector de Kant” en *Daimón*. Revista de filosofía, 2004/ 33, pp. 65- 77.

¹⁶ Citado en HANS BLUMENBERG, ‘Una aproximación antropológica a la actualidad de la retórica’, en *Las realidades en que vivimos*, Paidós, Barcelona, 1999, p. 142.

desentrañar los estratos de elaboración que conforman el relieve visible de sus libros y trabajos.

Lo que, en última instancia, quería mostrar al esbozar esta vía alternativa de interpretación, es una posibilidad de vertebrar una biografía intelectual como la que nos ocupa, aun cuando no pueda dar cuenta de cada acontecimiento de forma exhaustiva. Se trata de una vía recorrida por intérpretes de su obra y cuya extensión e implicaciones no pueden ser desplegadas en este contexto. Si hemos recurrido a él, es porque nos permite mostrar el sentido en el que creemos que la obra de Zill resulta fallida como biografía intelectual y fracasa a la hora de, por decirlo así, dar vida al despliegue de la producción blumenberguiana. Este fallo hace del libro un texto algo por momentos tedioso de leer, en especial para aquél que no esté familiarizado con el contexto intelectual en el que se movió el biografiado; un entorno por desgracia poco conocido en el ámbito hispanohablante. No obstante, la obra no deja de aportar un valor considerable para el estudioso y el investigador gracias a su cuidadosa documentación y rigor académico.

Pedro García-Durán